

Nieve

Carmen Martín

Colorado State University

A Darío Torrenti

I

Todo el viaje fue un error. Lo entendí cuando abrí el armario y no supe qué elegir. Para ir a encontrarte necesitaba ropa gruesa, lo más abrigada posible. Camisetas, medias de lana para aguantar el viento y el frío. Pero si decidía no ir nada de eso era necesario. Si no iba a encontrarte podía viajar liviana. No verte equivalía a disponer de esos días para hacer lo que yo quisiera. Llevábamos meses planeando el viaje pero yo sola, sin ti, había ido proyectando un viaje paralelo en el que tú no eras parte, en el que sólo figuraba yo. El que tú estuvieras lejos, esperándome hace semanas, hacía todavía más fácil abandonar el plan mutuo, sacarlo de mi cabeza y volverlo inexistente.

Mientras pensaba iba poniendo la ropa térmica dentro de la mochila de viaje, enrollando pantalones y calcetines de lana para ahorrar espacio. Cada tanto levantaba la mochila para calcular su peso. Cuando estuvo lista, cerré todas sus huinchas y correas de seguridad. Me la puse y caminé por el pasillo para probar mi resistencia. Entonces volví a mi pieza, vacié la mochila y metí todo nuevamente en el armario. Dejé solo un par de medias negras y gruesas, un vestido y ropa de dormir. Saqué, también, los zapatos de nieve. Revisé por última vez mi correo. Había un mensaje tuyo, en el que repasabas todos los movimientos que tenía que hacer para llegar a Esquel. Varias paradas, tres buses, catorce horas de viaje. Perfecto, nos vemos –mentí. Apagué todo, tomé la mochila y salí de la casa.

II

El primer paso, ya en Ezeiza, era tomar un bus con dirección al microcentro. En un punto del trayecto tenía que bajar en la estación de buses y pedir el boleto que tú ya habías comprado en mi nombre. Me senté en el último asiento del colectivo y miré por la ventana. Le voy a decir que me caí, que me quebré una pierna y que no puedo ir, pensé. Los baldíos se iban haciendo cada vez más estrechos, intermitentes, con casas, pequeños ranchos y plazas con esqueletos de juegos infantiles. Le voy a decir que me desmayé y que desperté

en un hospital y que no puedo ir, pensé. Le pregunté a la mujer sentada a mi lado dónde quedaba el terminal de buses. Me dijo que faltaban como veinte minutos y me preguntó si quería que me avisara cuando llegáramos. Le di las gracias y le dije que sí, que por favor me dijera cuando estuviéramos cerca. Pasó un tiempo y la mujer me hizo un gesto con la mano. Tiré el cordel del timbre. Me bajé y caminé hacia el terminal.

Fui hacia la ventanilla y pregunté por el pasaje. El encargado buscó entre unos ficheros y me alargó un boleto con mi nombre completo escrito en rojo y con la hora de salida dentro de un círculo también rojo. Faltaban dos horas y yo no estaba preparada para ese, tu frío.

Caminé por los alrededores del terminal de buses y llegué a una galería vieja con peluquerías y bazares de todo tipo. Al fondo había una tienda de ropa usada. Entré y revisé los percheros. Miré y en lo alto del muro, en un gancho clavado a la pared, había un abrigo rojo. Pregunté el precio. Pregunté si podía probármelo. La mujer hizo un gesto afirmativo, tomó un palo con un gancho en la punta y hábilmente lo descolgó. Le sacudí el polvo y me lo puse. Era perfecto, pesado y grueso. Todo de lana, con enormes botones forrados, rodeados por un anillo color oro y largo hasta los tobillos. Salí de la tienda y seguí caminando. Encontré una ferretería. Necesitaba zapatos a prueba de agua. Encontré unas botas de goma negra, cortas y en punta, muy baratas. Deshice el camino hacia el terminal con el abrigo y las botas puestas. Fui hacia la ventanilla y pregunté en qué andén estaba el bus. Lo encontré, subí, me senté, saqué mi libreta y te escribí.

III

Llegué al terminal de Esquel muy temprano. Todavía era de noche cuando se prendieron las luces del bus para despertar a los pasajeros que habían logrado dormir. Yo dormía y cuando se encendieron las luces abrí la cortina y miré hacia afuera.

Pude ver muchas montañas completamente blancas, que me parecieron estar demasiado cerca, como doblándose sobre el estrecho camino de piedras y tierra. Vi también cabañas de madera y un caballo buscando pasto entre el hielo.

El bus entró a la estación y tú caminaste hacia él. Te vi por la ventana, buscándome. Me viste y me saludaste con la mano. Me detuve en tus colores, en tu barba cobriza, tus ojos celestes, en el gorro azul que cubría tu cabeza.

IV

Yo amaba tu voz. Tu voz, aislada, sin referente. Tu voz al teléfono. Sin ti.

V

Me pone nerviosa este viento, te dije. Tú me miraste un momento y luego seguiste limpiando nuestra comida. Olivas, dijiste. No aceitunas: olivas. Carozo en vez de cuesco. Deseché para siempre la palabra cuesco, reemplazándola por carozo. Comíamos lentejas, queso, olivas. Tú cargabas una bolsa con trozos de pan.

Yo te veía limpiar el arroz. Concentrado y sin hablar sacabas pequeñas piedras negras que ponías aparte y con las que yo jugaba a formar figuras sobre el mantel.

Me intrigaba esa forma tuya de mirar como escarbando, con un gesto que pasaba del interés total a una suerte de ausencia que por mucho tiempo yo interpreté como tu forma de pensamiento y que ahora comprendo no era más que cansancio.

VI

Cuando dijiste que subiríamos hasta la estructura levantada en la punta de una de las montañas que nos rodeaban y que apenas podía verse por la altura y la distancia yo no pensé que eso fuera realmente posible. Pero a la noche, cuando me avisaste que al día siguiente nos teníamos que levantar temprano para alcanzar a subir y bajar antes de que oscureciera entendí que hablabas en serio y que el paseo era inevitable.

Nos levantamos, efectivamente, muy temprano. Llevaste una mochila con agua y con gorros de lana. Llevaste también tu bolsa con pan.

Empezamos a caminar hacia la montaña, alejándonos del pueblo que poco a poco iba apareciendo como dibujado a los lados del sendero. La subida era muy leve y constante y cada vez la imagen de Esquel iba perdiendo nitidez, pareciéndose más a un mapa. Después de dos horas lo que se veía a los lados del camino era un plano verdoso que se encaramaba por las faldas de los cerros y los senderos por los que ya habíamos pasado, que se acumulaban arrugándose tras nosotros como la baba de los caracoles.

VII

No sé en qué momento dejamos de caminar juntos. Sé que me detuve a mirar lo lejos que estábamos, lo pequeño que se veía el pueblo. Te sentí pasar a mi espalda, lentamente. Esperé unos minutos y retomé la marcha. Al principio era como un juego, como ir caminando solos, pero no. Tuve tiempo para mirarte de lejos, unilateralmente. Te vi avanzar a pasos largos. Observé tu altura, la manera en que tus brazos se movían en sincronía con tus piernas, la gran mochila que parecías llevar sin ningún esfuerzo.

A medida que subíamos, el aire se iba poniendo más frío, más liviano. Los bordes del camino empezaron a mancharse de nieve. Cansada de espiarte ahora iba concentrada viéndome los pies. Fue entonces cuando, al mirar hacia donde debía estar el pueblo, todo lo que pude ver fue un inmenso, interminable valle blanco. Sin saber cómo, estaba detrás de la montaña.

Por un momento me costó entender lo que pasaba. Nunca había pensado en las montañas como enormes territorios de rocas, tierra y aquí, nieve. Siempre las había imaginado como una franja, como un muro en medio de un plano, jamás como una extensión. Inmóvil, comprobé que de allí para adelante el camino estaba cubierto por varios centímetros de nieve y que se hacía más estrecho en algunas partes así que había que andar con cuidado. Traté de concentrarme en esos detalles, en mis pies cada vez más fríos y húmedos. Pero había otra cosa, algo como un frío de otro orden que no me dejaba pensar bien. Era el silencio de las montañas, todo el silencio concentrado de la nieve y el hielo. El viento hacía pequeños remolinos y me golpeaba la cara con ráfagas de polvo helado que me hacía arder los ojos.

Empecé a llamarte. Grité tu nombre, fuerte, una, dos, tres veces. No hubo respuesta. Seguí gritando, pero el viento en contra transformaba mi grito en algo totalmente inútil.

A pesar de saberlo seguí llamándote, emitiendo un sonido que cada vez se parecía más al llanto pero que no era llanto. Vi mi propia imagen, un punto rojo en un gran lienzo blanco, vibrando suavemente. Vi que el punto rojo tenía las mismas posibilidades de subir o de bajar. Si iba hacia arriba, el movimiento era por el camino. Pero si bajaba, la única opción era saltar hacia el espacio blanco y desaparecer en él.

No salté y sin llorar seguí caminando. Luego de un rato, después de una curva, te vi sentado en una piedra poniéndote un gorro de lana. Te odié por haberme abandonado.

Me viste, sonreíste y me saludaste con la mano a través de una cortina de nieve.

VIII

A pesar de la nieve, hicimos el último trecho juntos hasta llegar a una especie de caseta que coronaba la montaña. Es un refugio, dijiste. Tenía que tomarme de los fierros del refugio para que el viento no me hiciera perder el equilibrio. Tú, afirmado contra un muro de piedra, mirabas hacia abajo. Yo miraba la estructura y pensaba en que ese espacio no era totalmente real, que era algo así como una mancha que sólo se había vuelto algo concreto debido a nuestra presencia.

Bajamos rápido, casi corriendo. Llegamos a la pieza con hambre y con frío. Me sacaste la ropa hábilmente, hicimos el amor sobre nuestros abrigos mojados con nieve y con barro. Nos vestimos y fuimos a la cocina. Vaciamos sobre la mesa nuestras bolsas con provisiones. No teníamos mucho, había que ir a comprar. Yo voy, dije. Fui a la pieza y busqué mi abrigo rojo entre las frazadas y los sacos de dormir que habíamos puesto en el suelo. Lo encontré y le sacudí el polvo. Me lo puse, me puse mis botas y pasé por la cocina para buscar las llaves. Te observé desde la puerta. Mirabas por la ventana mientras masticabas un pedazo de pan. Luego hiciste un sonido con la mano. Yo pensé que eran tus huesos sonando, pero de inmediato recordé que tú no habías adoptado nunca esa costumbre mía de hacer sonar los dedos. Comías nueces que partías con la mano, despedazándolas con una suavidad que me provocó vértigo y deseo.

Tomé las llaves y salí. Caminé por Esquel nocturno y silencioso, con sus pozas de agua congelada. Caminé muy lento, para tener tiempo para fumar. Sentía que el humo se me pegaba a los dedos, al pelo o la ropa. Maldije tu habilidad para detectar los olores, luego esa forma de mirar que me hacía sentir como si hubiera hecho algo imperdonable. Caminé fumando, haciendo volutas con la boca muy abierta, como queriendo que el olor blanco de la nieve se mezclara con el humo del tabaco yéndose juntos a alguna parte donde te fuera imposible llegar. Me senté en una piedra a fumar y mirar a los caballos comiendo pasto congelado. Alcancé a ver, también, una pequeña luz amarilla que parpadeaba a lo lejos y que no era una estrella. No era una estrella, era la luz del refugio en la punta de la montaña.